



EL LIBRO
DE LAS PENITENCIAS

José Carlos Turrado

EL LIBRO
DE LAS PENITENCIAS



Primera edición: junio de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Carlos Turrado

ISBN: 978-84-10253-88-9

ISBN digital: 978-84-10253-89-6

Depósito legal: M-14575-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

No es verdad que tú hayas sufrido,
son cuentos tristes que te cuentan.

HIERRO

1

¡En este mundo lleno de canciones
ya no cabe la mía!
Como un rayo de alondras constipadas
con trovas saledizas
estalla de una escarcha atafagada
una esquirla aterida,
se acongoja lientamente en su pluma
la queja flébil, fría,
redoma una costumbre hecha de alambres
su ribazo de espinas:
que en este mundo lleno de canciones
ya no cabe la mía.

En sus cautos revuelos de relentes
se restan golondrinas,
sobre nadas de los postes ausentes
se rebaña alegría;
los vencejos, volanderos, agrestes,
su van, su vienen, crían
carnaciones de nostalgia, diluyen
infantas adventicias:
que en este mundo lleno de canciones
ya no cabe la mía.

Se espigó el silencio del escribano
cerillo en mi cornisa,
se consumió con cansada velada,
ruiseñora en camisa,
sobre andas la cuido, como si en sueños
me aguardara la vida,
como suena la esposa cuando duerme,
amorosa y extinta:
en este mundo lleno de canciones
ya no cabe la mía.

2

El campanero
se lleva el tiempo a párpados profundos,
huesas preciosas
donde luce la charca del difunto
sol viridiano,
aleja el hambre a anélidos segundos,
parpan los patos
por garzas soñolencias de absoluto;
y escarapelas,
entre maitines,
mascan las rosas
con sus confines.

Ya la hiel tañe
cual si naciera en tiple de raposa,
en la almohada
garganta gargolina, algodonosa,
parca crisálida
que tensa como venas-mariposas
toses veniales
que ordeñan cabritillas despaciosas
por las praderas
amanecidas

cuando campanas
abren la vida.

Sol sostenido
al filo de una aurora recostado,
manga por hombro
le pone nombre a mi poblado huraño,
nombre de santo
que espiga por las quintas trabajando
diez mandamientos
grabados en el corazón humano;
labra el primero
desayunando,
y don Tempero
lo anda esperando.

3

Triunfante cuando carda su cabello
la ciudad rica de órficos placeres,
y la tiñe con gamas rosicleres
las dulces carnaciones de su cuello,

al son que bambalinas en destello
la nutren, encarecidos haberes,
y encumbran recamados alfileres
ocasiones de alabastrinos sellos,

la vencen sin embargo y queda en nada
la lasciva Perséfone del orbe,
y el bosque acecha su reseda blanca,

y enferma y engrisece deturpada,
el más nimio cefirillo la absorbe:
en dos trancos se embosca y embarranca.

4

Seis puntas, cada cual entre su abrazo,
desangran al espejo donde miras
el rostro del trasunto de tus iras,
un libro portentoso en tu regazo;

cuando mana la sangre como un lazo
te ciñe las raíces que, mentiras,
sonetos a mis narices inspiras,
y a mi gobernación un pobre plazo:

y el otro es debatir con su indolente
panoplia de remedios taciturnos,
dechado de falsario transparente,

ungüento de tus reinos hoy soturnos:
cuando me miro yo me sobro gente,
y para quebrantar tengo cien turnos.

5

Salí sin corazón de tu blancura
y sin inspiración de tu armonía,
tal vez sordera fue aquel verte mía
o ceguera mortal el verte pura;

veré a recelos si pasa o si dura
el sesgo de traición, caverna fría,
que al docto hasta el pesar es alegría
según reza del claustro sabia hondura;

o tal vez se haya roto la balanza
y no sane el sentido la presencia;
savia sea amargura de la chanza

y el ojo y el oído sal y ausencia;
quizá se me haya roto la esperanza
y junto al sexto se vaya la ciencia.

6

Nada se sabe del cielo. Hay que abrirlo
como un manantial, como una ventana
cegada entre cerco y cerco, sin son
ni amparo, de rodillas, de celdilla.
A su veterano dueño liberta
el esclavo y se echa a andar, sin corona,
porque sin sed y sin celo, labriego,
a modo de una vocal sobre un libro
blanquea sonoro estruendo. Mañana
permanece incólume el campo glabro,
pelado, crudo, cenceño, cosido
a una llanada imaginaria, culta
a fuerza de pajareros vestigios
que, en estos castellanos nuevos, agria-
mente pergeña, sincero, ruinosos
pueblos adobados con contraseñas.
Se divisa Portillo desde el páramo.

Varan las añadas del tesonero,
tesoro ratizo del limosnero,
apenas con trazas que traspillar
ni lontananzas para campear;

siente en los dientes un dulzor de bruño
que graba encías en gracias de puño,
a litros mocosos traga el papel,
emboca Trujillo y se vuelve cruel;

un astro cobarde carda su escudo
y ni nos brinda laringes con ñudo,
charanga sin flauta, flojo estrujón,
portazo en la villa, fonje aldabón;

sobre esta armonía de testamento
tinta su estatua el batueco pizmiento:
si saluda, si espanta, si se va,
nunca te fíes de qué contará.

Arado y campo, entrambos,
no siembran por la estepa su alegría,
no pueden con los zambos
cimbeles de este día
de la ira en castellana Andalucía;

ni tan puro ni blanco
se enmarca en su cenefilla el aldea,
galpones, sotabancos,
descastada presea,
le rebrillan rencor y no hermosea;

¿y qué habría que hacer?,
las landres se pasean imperiales,
solo al anochecer
espadañas lustrales
imponen campana a los generales.

Si de un perdón dependo
futesa es esperarlo,
pues recibirlo o darlo
será mi error tremendo;

en venta o en arriendo
me tocará pagarlo,
y si intento negarlo
será al juez ofendiendo;

ahora en la tribuna
me escruta mientras callo
y se le crispa el ceño;

no hay salida ninguna,
en lo que cante un gallo
algo dirá mi dueño.

10

A la dama en litera desembarco,
dedico voz y pulmón y me encharco,
toda le talo mi gavia y mesana
y las lanzo al mar con la Moira arcana,

y el tajamar me la desarma anciana,
un alma que parte y quiebra desgana,
la tensa honestidad destempla mi arco
y los lotos como, y ya nada abarco;

porque no pesaré a otra nunca más,
imposible, no sabría además,
un mundo en pasos me queda detrás,

así que repite hacia qué horizonte
habrá de vagar el pobre Caronte
hasta que un viento lo seque y desmonte.